

BERNARDO RODAMILANS

**ONCE NEGRO,
ACANTILADO**



Macleín *y* Parker

Primera edición
Octubre de 2022

Del texto
© Bernardo Rodamilans, 2022

De la cubierta:
© Rocío Romero, 2022
www.instagram.com/laotrarous

De esta edición
© Macleín y Parker, 2022
Pasaje Lagunas de Ruidera, 6
41701 Dos Hermanas, Sevilla
www.macleinyparker.com

Edición y corrección
Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

Diseño de la colección y maquetación
Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión
Estilo Estugraf Impresores, S.L.
Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-125030-5-0
Depósito Legal: SE-1663-2022



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

—Si me dicen que por encender un cigarrillo voy a perder un ojo, creo que no lo encendería. Pero claro, la cosa cambia si el ojo no es mío.

El hombre dijo estas palabras y le dio un trago a su cerveza. Llevaba una camiseta con un logo de Heineken desgastado y un cigarrillo apagado en la mano. Alejandra estaba a su espalda, intentando que la camarera le hiciera un poco de caso.

—Entiéndeme, a mí tampoco me gustó su aspecto a verlo —continuó el hombre del cigarrillo—, la piel más morena de lo normal, los ojos pequeños como con mala leche, ropa de aquella manera, ya sabes... en fin... a mí tampoco me gustó.

El monólogo iba dirigido a otro hombre que ella no podía ver. El reloj que había encima de la caja registradora marcó las doce y el ruido de la gente hizo que hubiera que elevar el tono para poder hablar. El hombre se echó hacia atrás y presionó un poco a Alejandra contra la barra.

—Mira, creo que el desgraciado solo quería plantarse. No era el cigarro en sí. No se moría por fumar. —Acompañaba sus comentarios, un tanto circulares, con aspavientos

y algún que otro manotazo contra su pierna—. Era decir: ¡soy una persona, no un perro!

Alejandra miró a su alrededor buscando una mesa vacía a la que dirigirse. No encontró ninguna. Para ser un bar de carretera, el lugar estaba a rebosar. Dos ancianos salieron por la puerta con ritmo pausado, pero todas las mesas seguían ocupadas. Poco después entró una pareja con un carrito de bebé. Ella era bastante mayor que él. Se acercaron a la barra y se hicieron un hueco en un extremo. La mujer fue al baño con el niño y él trató sin éxito de pedirle una consumición a la camarera. Fuera del bar pudo oírse el sonido de un camión saliendo del aparcamiento y dentro fue la voz del tipo del cigarrillo la que siguió marcando el paso.

—¿Sabes? El desgraciado lo estaba pasando mal, eso se veía de lejos. Creo que todos estamos sujetos a una cuerda, que tensamos y tensamos, y a esta persona, pues... hacía tiempo que se le había roto.

Alejandra se inclinó sobre la barra buscando a la camarera que estaba en una esquina. No consiguió hacer contacto visual. Le hizo señales con la mano, pero fue inútil. Se giró con medio cuerpo todavía encima de la barra y vio a la persona con la que estaba hablando el hombre del cigarro. Debía tener unos cincuenta años, aunque muy bien llevados. Vestía una americana elegante, un afeitado cuidado y un peinado moderno, pero con clase. No parecía el tipo de persona que frecuentara bares de carretera como aquel.

La puerta del local volvió a abrirse para dejar salir a una familia y Alejandra vio que esta vez habían dejado una

mesa libre cerca de la ventana. Iba a ir hacia allá cuando una voz a su espalda le preguntó qué quería. Era la camarera. Dudó un momento entre asegurar la mesa o la bebida y finalmente optó por lo segundo.

—Ponme un cortado, por favor.

Movió rápidamente la cabeza hacia la mesa que acababa de divisar. Seguía vacía, pero todavía no podía acercarse a ella. Tenía que esperar a que le pusieran el café. Para ganar tiempo metió la mano en su bolso buscando dinero con el que pagar la consumición. No encontró la cartera, pero se acordó de que en el bolsillo exterior había dejado dos euros de unas vueltas que le dieron. Los sacó y los dejó encima de la barra. La camarera accionó el molinillo de café y el ruido del local aumentó haciendo realmente difícil cualquier conversación tranquila. El tipo del cigarrillo le estrechó la mano a su colega. Se estaba presentando. A Alejandra le pareció escuchar que se llamaba Carlos, pero no pudo oír la respuesta del otro hombre.

Mientras el café salía de la máquina la camarera decidió poner unas cervezas que alguien le había pedido en otra parte de la barra. Accionó el grifo y este comenzó a dar borbotones indicando que el barril estaba vacío. Entre juramentos, la mujer se ausentó para buscar un recambio en el almacén dejando el café de Alejandra servido debajo de la cafetera. Ella dio por perdida la mesa al lado de la ventana.

—Aquel cigarro era mi forma de protestar. ¿Que quizá no debí hacerlo? Quizá. ¿Que quizá no lo hubiera hecho en otras circunstancias? Pues quizá también. Pero a veces uno hace las cosas por instinto, sin pensar demasiado. Mi mujer me lo decía a menudo: Carlos, es que haces las cosas

a la ligera. Sí, ella decía a la ligera, no sin pensar, pero es lo mismo. Y se enfadaba. Pues esto es igual.

La camarera terminó de hacer el cambio de barril, fue hasta el café olvidado de Alejandra y se lo trajo disculpándose por haber tardado tanto. Ella le dio la moneda de dos euros y le hizo un gesto para que se quedara el cambio. Tomó el café con la mano izquierda y se giró con la ligera esperanza de que la mesa de la ventana siguiera vacía. Hubo suerte, seguía libre. Decidida se dirigió hacia allí sorteando a los clientes con agilidad.

En contra de lo que cabría esperar de un bar de paso como aquel, el café estaba muy bueno. Intenso y sin ese regusto a quemado que dejan en algunos sitios. El primer trago hizo que respirara hondo, el segundo relajó la tensión de los hombros derecho e izquierdo, por ese orden. El tercer trago le sacó una suave exhalación acompañada de un recuerdo de hace dos meses con Martín. Luego le vino a la mente su hermano y finalmente su padre. Las asociaciones son caprichosas y sin querer se puso a pensar en el coche y en si había cerrado con llave o no.

Un fuerte llanto de bebé resonó en las paredes del local. Era el niño de la pareja que había visto entrar hace un rato. Lo habían sentado en el carrito, pero parece que se había cansado de estar ahí. La madre lo cogió en brazos y el niño dejó de llorar. Alejandra se fijó en la pareja más detenidamente. Dada la diferencia de edad barajó la posibilidad de que no estuvieran realmente juntos. Quizá hubiera otro tipo de parentesco entre ellos, puede que fueran hermanos, o tía y sobrino. Después de mecerle un rato, la mujer consiguió calmar al bebé y el hombre respiró aliviado. Volvieron

a dejar al niño en el carrito y él la besó en los labios con naturalidad. Alejandra sonrió y le dio otro pequeño trago al café. Continuó recorriendo la barra con la mirada. Ahí seguían Carlos y su nuevo colega, que a pesar de mantener el tipo seguramente también intentaba escapar de la mejor manera posible de aquella situación. En un momento dado este se agachó y recogió algo del suelo mientras Carlos le seguía hablando como si nada. Alejandra forzó la mirada. Parecía que tenía una cartera en las manos, pero no podía distinguirla bien. Con calma, el hombre levantó el brazo hacia la camarera que enseguida se acercó hasta donde él estaba, le comentó algo y los dos miraron hacia su mesa. Sorprendida, Alejandra agachó la cabeza. Cuando levantó la vista lo tenía delante.

—Perdona que te moleste —dijo—, me llamo Diego y creo que he encontrado tu cartera.

Ella no respondió. Abrió su bolso y comenzó a rebuscar entre las cosas. Luego se encogió de hombros y sonrió.

—Muchas gracias —dijo casi como una disculpa.

El hombre esperó unos segundos y al ver que ella no añadía nada más se despidió con la mano y se retiró al lugar que antes ocupaba en la barra. Alejandra se recriminó por haberse quedado callada como una tonta. Ni siquiera se había presentado. Instintivamente abrió la cartera que acababan de devolverle. Todo estaba donde debía estar. Su identificación, sus tarjetas... no quiso mirar en la zona del dinero, pero miró. No faltaba nada y se sintió casi peor que si hubiera faltado.

Un niño pasó corriendo por su lado, tropezó y al dar con la mesa casi le vuelca la taza. El chico se había caído

al suelo, pero se levantó rápidamente con cara de dolor. Antes de que ella pudiera preguntarle si estaba bien apareció su padre.

—Perdona al chaval —dijo y agarrándole por la camiseta se lo llevó a un lado con cierta brusquedad. En la puerta del baño comenzó a echarle la bronca y el niño se puso a llorar y fue junto a su madre.

Entre el tumulto de la gente le pareció oír de nuevo la voz de Carlos. Seguía en la barra, con otro botellín de cerveza, tratando de hablar con el hombre que le había devuelto la cartera. La cara de este último intentaba ser lo más aséptica posible, pero se notaba su malestar. Ella volvió a lamentarse. Tenía que haberle dicho algo. Pasados unos minutos Alejandra se apiadó de él. Levantó la mano y cuando él la vio, ella le hizo un gesto para que se acercara.

—Puedes sentarte conmigo si quieres —dijo con un tono amable—. Es lo menos que puedo hacer después de que me hayas devuelto la cartera. Me llamo Alejandra.

—Lo sé —dijo él mientras tomaba asiento—, Alejandra Ollens. —Y levantó su vaso a modo de brindis. Ella se sorprendió y por un momento tuvo la sensación de que algo no iba bien, hasta que recordó que el hombre había tenido la cartera en su mano hace un rato.

—Sé que me lo has dicho antes, pero no me acuerdo de cómo te llamas.

—Soy Diego.

Alejandra asintió con la cabeza. No se le volvería a olvidar.

—Espero haberte librado a tiempo del capullo del cigarrillo.

—¿Te referes a Carlos? —preguntó retóricamente Diego—. La verdad es que es un tipo curioso.

—Curioso no sería la palabra que yo utilizaría para describirle.

—No seas tan dura con él.

—¡Joder! Pues yo no te veía muy entretenido.

Diego le dio un trago a su bebida y se apoyó ligeramente en la mesa.

—A veces, el aspecto de las personas nos hace tener una percepción equivocada. Pero en el fondo creo que es como cualquiera de nosotros.

—¿A qué te referes? —preguntó Alejandra cruzándose de brazos.

Él jugó un poco con el dedo en el borde de su vaso antes de explicarse.

—Imagínate lo siguiente: acaba de empezar la prohibición del tabaco. Ya no se puede fumar en los bares. Tú estás tomando algo tranquilamente en tu lugar habitual con una camiseta de Heineken que te regalaron el día anterior en una fiesta. En ese momento aparece un tipo, con aspecto dudoso y con un cigarrillo apagado en la mano. El barman le dice que ahí no se puede fumar y el hombre, con calma, le responde que no está fumando, que su cigarrillo está apagado. El camarero no hace caso, se pone violento y comienza a levantar la voz insistiendo en que ahí no se puede fumar. La escena está pasando a menos de un metro de ti y no se te escapa que lo que al camarero no le gusta en realidad es la pinta que tiene el tipo aquel.

—¿Y en esta historia yo soy Carlos?

Diego asintió.